

Introducción a la semana

Singulares días por varias razones son los que cierran este tiempo de gracia, el año 2011. La liturgia del día de Navidad hace honor a su importancia y a su sencilla belleza con tres entregas de la Palabra en sendas eucaristías, medianoche, aurora y día, en un intento de acoger todos los brillos y matices de la luz navideña, porque ha aparecido la gracia y la bondad de Dios, y éste nos habla y nos dice sus tequieros en la persona de su Hijo, la Palabra hecha historia, el Dios humanado.

A renglón seguido, la liturgia cambia de registro y nos presenta un fuerte contraste en dos manifestaciones de dolor y violencia, exponentes de una humanidad herida que necesita ser invadida por la gracia del Verbo hecho carne: dos historias de muertes que dan vida, la del protomártir Esteban y las de Santos Inocentes. Llamada de atención para asumir la precariedad de nuestra existencia, las más de las veces amenazada, a quién solo da solidez la fuerza de nuestra debilidad, el Señor.

Entre estas dos evocaciones martiriales, el teólogo Juan, apóstol y evangelista, reclama su memoria y también la acogida atenta a los textos de su primera carta que serán proclamados en la primera lectura de estos días: pregón de nuestra identidad cristiana, canto de nuestra ley del amor, palabras de ánimo para que la gracia del Emmanuel dé solera a nuestras fraternidades y comunidades.

Cerramos las páginas de este año y ponemos en las manos del Padre todos los logros, trabajos e ilusiones que en estos días pasados hemos disfrutado y compartido con nuestros hermanos; y con impulso renovado y preñado de esperanza dispongámonos a cumplir la voluntad de Dios en el nuevo año, porque sólo el que hace la voluntad del Padre permanece para siempre. Porque un niño nos ha nacido, y es su nombre Mensajero del designio de Dios Padre.

Lun
26
Dic
2011

Evangelio del día

Octava de Navidad

Hoy celebramos: San Esteban (26 de Diciembre)

“Cuando os arresten, no os preocupéis de lo vais a decir o de cómo lo diréis... no seréis vosotros los que habléis, el Espíritu hablará por vosotros ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 8-10; 7, 54-59

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba.

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo:

«Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación:

«Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Salmo de hoy

Sal 30, 3cd-4. 6 y 8ab. 16bc-17 R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás;
tu misericordia sea mi gozo y mi alegría.
Te has fijado en mi aflicción. R/.

Líbrame de los enemigos que me persiguen.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10, 17-22

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles.

Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.

El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo; se rebelarán los hijos contra sus padres y los matarán.

Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará».

Reflexión del Evangelio de hoy

Después de celebrar ayer el nacimiento del Hijo de Dios, Navidad, casi sin tiempo para degustarlo, nos adentramos en otros “nacimientos” de signo bien distinto. Hoy, el primer día, celebramos a san Esteban. Protomártir y diácono, como apellidos. Luego celebraremos a san Juan y, más tarde, a los Santos Inocentes. El nacimiento a esta vida junto al de la vida eterna por el martirio. Con él empieza uno de los libros más entrañables para los cristianos, el Martirologio.

¿Quién fue san Esteban?

Esteban era llamado helenista. Helenistas eran los judíos procedentes de las colonias griegas del Asia Menor y Egipto. Había un buen grupo en Jerusalén y algunos se convirtieron al cristianismo. Por consejo de Pedro, “eligieron a siete varones, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría y los constituyeron diáconos”, dedicados a los quehaceres organizativos y benéficos de la comunidad. Entre ellos, se eligió a Esteban. Llegó a ser “protomártir”, es decir, el primero en sufrir –y gozar- el martirio por fidelidad al seguimiento de Jesús cuyo nacimiento celebramos ayer.

Los Hechos hablan de Esteban como de un hombre “lleno de gracia y de poder”. Se dice también que sus enemigos “no podían hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba”. Se le describe “lleno de Espíritu Santo”. O sea, una persona cabal; un hombre justo y auténtico, como Natanael en el que no cabía engaño ni doblez. Tan limpio de corazón que fue capaz de ver a Dios. Al final, creyéndole blasfemo, “lo arrastraron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo... Esteban no hacía más que repetir: “Señor, recibe mi espíritu”. Luego, de rodillas, lanzó un grito: “Señor, no les tengas en cuenta este pecado”. Y expiró.

¿Por qué mataron a san Esteban?

En la acusación de Esteban, san Lucas ha seguido el mismo esquema de la acusación de Jesús. En uno y otro se buscaron falsos testigos. A ambos se les acusó de blasfemos, tanto en sus actitudes como en sus palabras. Las autoridades de Israel soliviantaron al pueblo en contra de Jesús y de Esteban. Uno y otro serán juzgados y condenados por los mismos motivos, por la misma autoridad y por el mismo Sanedrín. Fueron ajusticiados fuera de la ciudad y ambos murieron perdonando a sus verdugos.

Era buen orador, formado en la cultura griega. En su enfrentamiento con los judíos, denuncia su infidelidad. No han sabido reconocer en Jesús al Mesías anunciado por los Profetas.

La puntilla tuvo lugar cuando Esteban, discutiendo con los de la sinagoga de los Libertos, “lleno de Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: ‘Veo el cielo abierto y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios’. Fue su sentencia de muerte.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

San Esteban

El nombre de Esteban significa «corona». El relato de su vida y de su muerte nos muestra hasta qué punto el nombre correspondía por esta vez a la grandeza heroica del personaje. Esteban pertenece a la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén. Tal vez hubiera pasado inadvertido si no hubiera entrado en escena con motivo de un malestar que un día estalló en protestas.

Seguramente había transcurrido todavía muy poco tiempo desde la muerte de Jesús. De hecho, a pesar del mandato explícito del Maestro, todavía no se habían dispersado los doce. La comunidad no era muy grande, pero era ya lo suficientemente numerosa para generar algunos serios motivos de disgusto. El caso es que al multiplicarse los discípulos de Jesús, surgieron algunas quejas entre los grupos de cristianos procedentes del helenismo contra los cristianos de cultura hebrea. Aquéllos alegaban que sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana.

Elección y vocación

Así pues, los doce decidieron convocar la asamblea de los discípulos para ver la posibilidad de corregir los abusos. La primera medida adoptada consistió en una distribución de funciones que sin duda se hacía ya esperar. Así pues, los apóstoles dijeron:

«No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra, (Hch 6, 2-4).

Aquella propuesta pareció razonable a toda la asamblea y escogieron entre los miembros de la comunidad a siete varones de probada virtud. En primer lugar es mencionado Esteban, del que se dice que era «hombre lleno de fe y de Espíritu Santo». Junto a él aparecen Felipe, Prócoro y Nicanor, así como Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Una antigua tradición ha vinculado a aquellos elegidos con los primeros 'diáconos' o servidores de la comunidad.

De todos ellos se requería una honestidad reconocida públicamente por todos. Como se puede observar por sus nombres, todos ellos pertenecían al ámbito de la cultura helenista. Ya sólo con esta elección, la comunidad cristiana daba prueba de una cierta apertura a la universalidad. Así pues, los elegidos por la comunidad fueron presentados a los apóstoles y, éstos, habiendo hecho oración, les impusieron las manos. Ese gesto habría de permanecer en la Iglesia como signo de la transmisión de una misión. Aquellas primeras «vocaciones» habían sido suscitadas a la vista de necesidades muy concretas y pasaban por la mediación de la elección de la comunidad. Parece que de ellos se esperaba un correcto servicio para hacer frente a las necesidades de los menos favorecidos, pero también una cierta dedicación a la «palabra».

De pronto, el relato atrae nuestra atención sobre uno de aquellos varones elegidos: Esteban. A lo largo del texto se alude a cuatro tipos de plenitud que adornan su persona. Una de las condiciones que han de acompañar a los elegidos por la comunidad es que estén «llenos de Espíritu y de sabiduría» (Hch 6, 3). Entre ellos se nos presenta a Esteban como un varón «lleno de fe y de Espíritu Santo» (Hch 6, 5), un elogio que no se atribuye a ningún otro de los elegidos. Poco más adelante, se presenta a Esteban como «lleno de gracia y de poder, cualidades carismáticas que lo capacitan para realizar entre el pueblo grandes prodigios y señales (Hch 6, 8). Cuando Esteban termina su discurso, en el que ha realizado una lectura creyente de la historia de su pueblo, se nos presenta una vez más ante los ojos como «lleno del Espíritu Santo» (Hch 7, 55). Esa plenitud del Espíritu es la fuente y la razón de su fe, de su gracia y poder y de su sabiduría, cualidades todas que le harán un testigo válido y decidido del Evangelio ante los judíos de Jerusalén.

Misión y proceso

El texto del libro de los Hechos de los Apóstoles aprovecha ese momento para subrayar que «la Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe» (Hch 6, 7).

Pero el panorama religioso de la ciudad era más complejo de lo que se pudiera sospechar. En Jerusalén existía por entonces una sinagoga llamada de los Libertos, en la que se reunían judíos procedentes de diversas partes del imperio y, en concreto de las tierras africanas de Cirene y de Alejandría, así como de las colonias de Cilicia -de donde procedía Saulo- y de Asia, que tenía su capital en Éfeso. Los judíos agrupados en esa sinagoga gozaban de un alto nivel de cultura, conocían bien las escrituras y manejaban con soltura la retórica. Seguros de sí mismos se pusieron a disputar con Esteban sobre la Ley de Moisés y su eficacia para la salvación.

Esteban conocía su lengua, pero su discurso brillaba sobre todo por su unción espiritual: efectivamente, a través de sus palabras se manifestaba la sabiduría que procede del Espíritu. Ante ella, los judíos helenistas tendrían que darse por vencidos, pero no estaban dispuestos a admitirlo. Prefirieron silenciarlo por la fuerza. Lo que no habían logrado con razones trataron de conseguirlo con el engaño. Como repitiendo la vieja estrategia que Jezabel había empleado contra Nabot (1R 21, 10-13), sobornaron a falsos testigos para que acusaran a Esteban de crímenes que se condenaban con la muerte. Habían de testificar diciendo: «Nosotros hemos oído a éste pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios» (Hch 6, 11).

Identificar los propios proyectos con la causa misma de Dios suele dar un resultado infalible. Con ello, los judíos helenistas lograron amotinar al pueblo, a los ancianos y a los escribas y, en medio del tumulto, prendieron a Esteban y le condujeron al Sanedrín. Curiosamente, las acusaciones que esgrimen contra él recuerdan las que poco antes habían sido presentadas para tratar de justificar la muerte de Jesús. En efecto, presentaron algunos testigos falsos que declararon abiertamente:

Este hombre no para de hablar en contra del Lugar Santo y de la Ley; pues le hemos oído decir que Jesús, ese Nazareno, destruiría este Lugar y cambiaría las costumbres que Moisés nos ha transmitido» (Hch 7, 13-14).

Como suele ocurrir en toda acusación, algo había de verdad en aquellas palabras, a pesar de que estaban sacadas de todo contexto. Jesús era ya venerado como el nuevo santuario de Dios y su vida y su doctrina se habían convertido en normativas para sus seguidores. La falsedad consistía en entender la primera afirmación como una invitación a destruir el Templo de Jerusalén y en explicar la segunda como si el mismo Jesús no hubiera

venido a asumir y dar cumplimiento a la Ley de Moisés.

El redactor del texto no deja de incluir en este punto un inciso admirable: 'Fijando en él la mirada todos los que estaban sentados en el Sanedrín, vieron su rostro como el rostro de un ángel» (Hch 6, 15).

Discurso y testimonio

Los discursos que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles han de ser leídos e interpretados teniendo en cuenta ese género literario, tan común en la literatura de su tiempo. El discurso del héroe no refleja exactamente sus palabras, pero constituye una elaborada reflexión sobre el sentido de sus acciones y proyectos. Así ocurre con el discurso que se pone en boca de Esteban.

El proceso propiamente dicho es interesante por ese discurso. Bastó una pregunta del sumo sacerdote para que Esteban, sin detenerse a desmentir aquellas acusaciones que los falsos testigos lanzaban contra él, pasase a trazar a grandes rasgos la historia de Israel.

Ante los oídos del auditorio hace desfilar el recuerdo de los grandes patriarcas: Abrahán, Isaac y Jacob. La evocación de José, vendido por sus hermanos, introduce a los oyentes en el escenario de Egipto y en la memoria de la esclavitud. Después es el turno de Moisés, el libertador incomprendido por su propio pueblo. Tras la revelación de Dios en la zarza ardiente, Moisés es enviado por Dios como jefe y redentor.

Esteban introduce una digresión intencionada para recordar que el pueblo de Israel, peregrino por el desierto, contaba con la Tienda del Testimonio y que sólo Salomón logró construir el Templo, aunque el Altísimo no habita en casas hechas por mano de hombre», como habían dicho los profetas (Hch 7, 48). El mensaje que transmiten estas palabras es fácilmente comprensible. Si el pueblo de Dios había vivido tanto tiempo sin un templo, ¿por qué ahora se escandaliza el Sanedrín de que Dios haya decidido prescindir del Templo de Jerusalén?

De todas formas, el recuerdo de los profetas parece encender el corazón de Esteban y le sirve de puente para acercarse definitivamente a la figura del Mesías Jesús, a la que estaba orientado todo el discurso:

Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo! ¡Como vuestros padres, así vosotros! ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Justo, de aquel a quien vosotros ahora habéis traicionado y asesinado; vosotros que recibisteis la Ley por mediación de ángeles y no la habéis guardado» (Hch 7, 51-53).

Así pues, dos fueron los temas tocados por Esteban que encendieron la ira de sus adversarios: el recuerdo de las continuas infidelidades de Israel a su vocación de Pueblo de la Alianza y el papel relativo que él parecía atribuir al Templo de Jerusalén. Todavía faltaba una tercera afirmación que muy pronto iban a escuchar de los labios de Esteban. Y entonces, su suerte estaría definitivamente echada.

Muerte y martirio

Lleno del Espíritu Santo que lo había guiado en su ministerio y había inspirado sus palabras, Esteban miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios. Se cumplía así la palabra que Jesús había pronunciado también ante el Sanedrín (Mt 26, 64) atribuyéndose la antigua profecía de Daniel sobre el «Hijo del hombre» (Dn 7, 13). Efectivamente, para Esteban se hacían ya realidad las promesas sobre los tiempos escatológicos. El Maestro al que había seguido y del que había dado testimonio se le hacía visible como Señor de la historia: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios» (Hch 7, 56).

Ninguna blasfemia era comparable a ésta para el Sanedrín. Ante sus mismos ojos, el hombre de Nazaret, al que habían condenado poco antes como un peligro para la unidad religiosa y para la seguridad social de su pueblo, era proclamado, sin temor a la muerte, como el Mesías prometido. Tal anuncio era una denuncia del antiguo régimen de Israel que ellos se empeñaban en mantener en pie.

La reacción de los oyentes era más que previsible. Al oír esto, sus corazones se consumían de rabia y rechinaban sus dientes contra Esteban. Gritando fuertemente, se taparon sus oídos y se precipitaron todos a una sobre Esteban; le echaron fuera de la ciudad, como habían hecho con Jesús y empezaron a apedrearle (Hch 7, 57-58). También Esteban, como había ocurrido con Jesús, era asesinado a las afueras de la ciudad, al igual que fuera de la ciudad eran quemados los cuerpos de los animales sacrificados en la fiesta de la Expiación. Exiliado de su pueblo, Esteban se convertía en paradigma de los cristianos, que expulsados del campamento, viven como quien no tiene aquí ciudad permanente (cf. Hb 13, 12).

En este momento de la narración, el texto añade que los testigos de aquella ejecución pusieron sus vestidos a los pies del joven Saulo (Hch 7, 58), que aprobaba su muerte (Hch 8, 1).

Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hch 7, 59). Evidentemente, el texto subraya la similitud de la actitud y de la oración de Esteban con la de Jesús (cf. Lc 23, 46). Ambos culminan su vida con la oración del salmo 31. Pero Esteban dirige su oración al que era para él modelo de toda oración y era ya para los suyos el destinatario de la misma. Después de esto, dobló las rodillas y, repitiendo de nuevo el gesto magnánimo de su Maestro (cf. Lc 23, 24), dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y diciendo esto, se durmió. Después de aquel asesinato, unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él (Hch 8, 2). Debía de ser el año 36 de la era cristiana.

El lugar del martirio ha sido tradicionalmente localizado en el valle del Cedrón, cerca de las murallas orientales de Jerusalén, donde se alza una pequeña iglesia greco-ortodoxa. Una antigua tradición, que se refiere a una revelación recibida el año 415 por el presbítero Luciano, afirma que sus restos estuvieron sepultados en Gafar Gamala —a unos treinta km. de Jerusalén—. San Agustín se refiere a su reciente descubrimiento y alude a la enorme devoción popular que concitaban.

Posteriormente, sus restos habrían sido devueltos a la Ciudad Santa y colocados en la iglesia edificada en el siglo V por la emperatriz Eudoxia. Sobre el solar de aquella iglesia bizantina, construida al Norte de la ciudad, cerca de la puerta de Damasco, se levanta hoy la iglesia de San Esteban, abrigada por el recinto de la Escuela Bíblica, que fundó el sabio dominico José M.a Lagrange.

Mar 27 Dic 2011 Evangelio del día
Octava de Navidad
Hoy celebramos: San Juan Evangelista (27 de Diciembre)

“Os anunciamos lo que hemos visto y oído”

Primera lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol san Juan 1, 1-4

Queridos hermanos:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo.

Salmo de hoy

Sal 96, 1-2. 5-6. 11-12 R/. Alegraos, justos, con el Señor

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los montes se derriten como cera ante el Señor,
ante el Señor de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R/.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 1a. 2-8

El primer día de la semana, María la Magdalena echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Os anunciamos lo que hemos visto y oído”

Juan, apóstol de Jesús, transmite con fidelidad lo que ha visto, oído y palpado. Lo dejó todo para seguirle; tuvo la suerte de ser el discípulo amado de Jesús, de acompañarlo a lo largo de su vida pública, teniendo la dicha de poder reclinarse sobre su costado en la última cena, de estar al pie de la cruz en el Gólgota, recogiendo las últimas palabras del Maestro; acogiendo a María por Madre, en cumplimiento del testamento de Cristo.

Este es el discípulo que nos habla de la Palabra de Vida que, al hacerse carne, se hizo visible entre nosotros. Juan, da testimonio de lo que vio, la vida Eterna, que estuvo junto al Padre desde la eternidad, que viniendo a nosotros se nos manifestó. Anuncia con gozo lo que vio, oyó y palpó; nos lo comunica, para que nos unamos todos al Padre por la fe en el Hijo, a fin de que nuestra alegría sea completa.

En el AT nadie pudo ver el rostro de Dios, ahora se nos ha manifestado en Cristo, hecho niño en Belén. Contemplemos gozosos el misterio, con fe, y como Juan, llevemos a los demás el gozo de lo que hemos visto: La bondad de Dios en el Niño pequeño, que nos invita a participar de su amor y a compartirlo con los demás.

“Vio y creyó”

El discípulo amado, que en la primera lectura da testimonio de lo que vio, oyó y palpó, ante la tumba vacía afirma. “Vio y creyó”.

El que había visto a Jesús agonizando en la cruz, amortajado, sepultado, escucha el testimonio de María Magdalena anunciándoles, que habían robado el cadáver del Maestro, al oírlo, corrió con Pedro al sepulcro, entró, vio los sudarios, y creyó.

No necesitó explicaciones, ni esperó que Jesús apareciera, simplemente creyó.

Aprendamos la lección; la salvación nos viene por la fe en Cristo, fe, que muchas veces, ante los problemas de la vida, ante las inseguridades, es vacilante, dudamos, sin embargo, para tener vida en El, para resucitar con Cristo nos pide Fe: “Si crees verás”, hay que mirar con ojos de fe.

Fe, en ese Niño recién nacido en Belén, fe, en los momentos difíciles de la vida, fe, ante el temor y la incredulidad que nos rodea. Pidámosla, con las palabras del Evangelio :!Señor, yo creo, pero aumenta tú mi fe”.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

San Juan Evangelista

Hermano de Santiago e hijos del Zebedeo. Uno de los tres predilectos de Jesús entre los Doce. En el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece siempre junto a Pedro (3-4; 8). Pablo lo considera como una de las tres columnas de la Iglesia: -Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas (Ga 2, 9), era considerado como el autor del Evangelio que lleva su nombre. De momento lo que mantenemos es que era evangelista. Entre los griegos la palabra designaba al anunciador de oráculos. En el Nuevo Testamento se aplica al anunciador de la Buena Noticia del Evangelio. Se impuso muy pronto en la Iglesia llamar evangelistas a los autores de los Evangelios. La revisión a la que debe ser sometida la palabra en cuestión obedece a que ninguno de los Evangelios ha salido de una única pluma ni de una única vez.

En los cuatro se detectan fácilmente vestigios de composición – distintas fases por las que pasaron antes de llegar al estado adulto en que hoy los poseemos- y un crecimiento progresivo que pone de manifiesto la maduración creciente fe cristiana y su confrontación con el entorno cultural en el que vivían las comunidades cristianas. Los evangelistas son portavoces de la fe de dichas comunidades y, como tales, revisores y adaptadores de la misma frente a las nuevas circunstancias, favorables o adversas, que iban surgiendo. Los evangelios crecieron constantemente hasta el momento de su fijación definitiva por escrito. [...]

[...] Hoy se sigue hablando del Evangelio según San Juan y, consiguientemente, del evangelista Juan. Pero la obra, el cuarto Evangelio, es considerado como un documento teológico en forma de Evangelio que ha sido colocado bajo el patrocinio de San Juan Apóstol. Y San Juan Evangelista es la figura representativa a la que se acude como avalista del documento teológico más valioso del Nuevo Testamento. Mantenemos tanto el nombre como el título que lleva por razones tradicionales.[...]

Testigo de la fe original

[...] El autor del cuarto Evangelio no pertenece ya a la generación apostólica. Juan Evangelista -seguimos reservando este título para el autor del Evangelio- siente la distancia que le separaba del Jesús histórico y reflexiona sobre la misma con mayor intensidad que lo hicieron los sinópticos. Su reflexión se centra en dos momentos trascendentales: en la vida de Jesús y en la época posterior en que él vive. Y no debemos pensar que al evangelista le interese muy poco el Jesús histórico. Lo que pretende el evangelista es unir o armonizar ambos momentos, de tal manera que el primero -el relativo al Jesús histórico- siga siendo el fundamento del segundo y que éste se desarrolle profundamente, en admirable «inculturación», desde aquél.

El protagonista de su Evangelio es un viviente, ausente corporalmente de la comunidad y, al mismo tiempo, presente en ella y determinante de su vida. Los discursos de Jesús son, más bien, discursos sobre Jesús; las discusiones de Jesús con sus contemporáneos se convierten en las discusiones sobre Jesús, protagonizadas por el cristianismo naciente con el judaísmo que se le había enfrentado de forma violenta. Juan Evangelista se interesa por Jesús no como historiador, sino como cristiano y creyente, como teólogo, teniendo en cuenta la cultura y mentalidad tan distintas de sus nuevos destinatarios a los que había que hablarles en el lenguaje que ellos entendiesen. [...]

Felipe F. Ramos

Miércoles 28 Dic 2011
Evangelio del día
Octava de Navidad
Hoy celebramos: Santos Inocentes (28 de Diciembre)

“Llamé a mi Hijo para que saliera de Egipto ”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 1, 5 – 2, 2

Queridos hermanos:

Este es el mensaje que hemos oído de Jesucristo y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.

Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia.

Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros.

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

Salmo de hoy

Sal 123, 2-3. 4-5. 7b-8 R/. Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,

cuando nos asaltaban los hombres,
nos habrían tragado vivos:
tanto ardía su ira contra nosotros. R/.

Nos habrían arrollado las aguas,
llegándonos el torrente hasta el cuello;
nos habrían llegado hasta el cuello
las aguas espumantes. R/.

La trampa se rompió,
y escapamos.
Nuestro auxilio es el nombre del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2, 13-18

Cuando se retiraron los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

«Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».

José se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta:

«De Egipto llamé a mi hijo».

Al verse burlado por los magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los magos.

Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías:

«Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes;

es Raquel que llora por sus hijos

y rehúsa el consuelo, porque ya no viven».

Reflexión del Evangelio de hoy

En este miércoles 28 de diciembre celebramos la fiesta de los Santos Mártires inocentes. Es una fiesta de una larguísima y antiquísima tradición dentro de la Iglesia. Tiene su origen, precisamente, en lo que nos narra Mateo hoy en el pasaje evangélico; Herodes, tras averiguar que había nacido en aquellos tiempos uno que se convertiría en Rey, mandó ejecutar todos los niños menores de 2 años, en toda la región, para así estar seguro que “el supuesto Rey” moriría. A José, mientras dormía, se le apareció el mensajero del Señor y le anunció los planes de Herodes: “Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. José se levantó, tomó a su mujer y al niño y se fue a Egipto hasta que murió Herodes.

Mateo nos quiere poner en relación este hecho, al inicio de la vida de Jesús, con la historia del pueblo de Israel en Egipto, según nos cuenta el libro del Génesis. Esta historia tiene un personaje clave, José el hijo de Jacob, el cual fue vendido como esclavo por sus hermanos. Ahora José, el esposo de María, debe ir a Egipto (como fue José, el hijo de Jacob) para que los planes de Dios se cumplan: “Llamé a mi Hijo para que saliera de Egipto”. Jesús saldrá de Egipto hacia la Tierra Prometida, tierra donde nació pero que tuvo que abandonar por las ansias de poder de Herodes. ¿Hasta donde nos pueden llevar nuestras ansias de poder o reconocimiento?

En la primera lectura de la primera carta de San Juan, se desarrolla una idea bien bella: la santidad viene por medio de la aceptación de nuestro pecado. Es decir, si aceptamos nuestras limitaciones, debilidades, pecados... seremos más conscientes de aquello que no va bien en nuestra vida y que tenemos que aceptar para poder cambiar. Si aceptamos nuestra limitación, estamos aceptando al mismo tiempo que Jesús es el Único que puede cambiar nuestra vida. ¿Somos capaces de reconocer nuestras debilidades como puntos donde Dios nos habla a nuestra propia vida?



Fray José Rafael Reyes González
Convento de San Esteban (Jerusalén)

Santos Inocentes

Mateo (2, 16-18), dentro del evangelio de la infancia de Jesús y con el estilo midrásico que caracteriza a los dos primeros capítulos de este Evangelio, refiere la muerte de los niños inocentes de Belén. Fue una consecuencia de la actitud de los magos de Oriente que, avisados en sueños, regresaron a su patria sin volver a Jerusalén conforme a la indicación que les había hecho Herodes. Éste, al verse defraudado, con la intención de hacer morir al nacido «Rey de los judíos», da orden de matar a todos los niños inferiores a dos años en Belén y su comarca.

La actitud de Herodes

No tenemos constancia de este episodio en las fuentes históricas extrabíblicas, que sólo refiere, entre los evangelistas, San Mateo. Pero sí de los numerosos y horrendos crímenes llevados a cabo por Herodes, ante los cuales sería de menor relevancia la muerte de los niños de Belén. Según el testimonio del historiador judío Flavio Josefo, hizo matar a las siguientes personas: a su yerno José; a Salomé; a Hircano II, sumo sacerdote; a Mariamme, asmonea, su mujer, a quien amaba extraordinariamente; a Aristóbulo, hermano de ésta; a Alejandra, hermana de éstos; a sus propios hijos, Alejandro, Aristóbulo y Antípatro (a éste, cinco días antes de su muerte); a Kostobaro, noble idumeo; a otra mujer llamada Salomé; a Bagoas y a todos los siervos que habían concebido esperanzas mesiánicas. Hizo encerrar en el anfiteatro de Jericó a todos los personajes importantes de la ciudad, dando orden de que fuesen muertos a flechazos el día de su muerte (lo que no se cumplió) (cf. Antq. XVII, 1, 1; 2, 4; 3, 3. De bello jud., 28, 6; 29, 1).

Macrobio (siglo V) recuerda las palabras de Augusto al saber que Herodes había mandado matar a su propio hijo: «Vale más ser el cerdo (hys) de Herodes que su hijo (huión)» (advierde que los judíos no comían carne de cerdo). J. Klausner, judío, profesor de la Universidad hebrea de Jerusalén, caracteriza la historia de Herodes como una historia de «matanzas, confiscación de propiedades, duros tributos y desprecio de la Ley... Gota a gota Herodes drenó la sangre de los judíos durante los treinta y tres años de su gobierno. Raramente pasaba un día sin que alguien fuese ajusticiado» (Jesús de Nazaret. Su vida, tiempos y enseñanza. Buenos Aires, Edic. Paidós, p. 144). Podemos concluir que «Herodes es el prototipo de todos los opresores que asesinan sólo por miedo a perder un ápice de poder. En los inocentes de Belén vemos una realidad que siglo tras siglo, década tras década, empaña la historia de la humanidad y se torna en rostros concretos, independientes de las razas o religiones... Los santos inocentes están vivos hoy y siguen mostrándonos sus rostros perseguidos» (P. I. Fraile Yécora).

La Iglesia venera a los Santos Inocentes como los primeros mártires que tuvieron que derramar su sangre a causa de Cristo. Dice San Agustín que con razón pueden considerarse como las primicias de los mártires los que, como tiernos brotes, se helaron al primer sople de la «persecución», ya que perdieron su vida no sólo por Cristo, sino en lugar de Cristo (cf. De Sanctis. Sermo CCXX. PL 39. 2i52). Los santos padres celebran su martirio con grandes alabanzas.

Su celebración litúrgica estuvo unida en el siglo IV con la fiesta del nacimiento de Cristo. En Occidente en el siglo V se asocia también a la de la Epifanía del Señor. Parece fue en ese siglo cuando se instituyó una conmemoración propia de los santos inocentes. En Roma y África se fijó como fecha de tal celebración el 28 de diciembre y en la liturgia morábe el día 6 de enero.

Gabriel Pérez Rodríguez

Jue
29 Dic
2011

Evangelio del día

Octava de Navidad

“Porque mis ojos han visto a tu Salvador”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,3-11:

Queridos hermanos:

En esto sabemos que conocemos a Jesús: en que guardamos sus mandamientos.

Quien dice: «Yo le conozco», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud.

En esto conocemos que estamos en él.

Quien dice que permanece en él debe caminar como él caminó.

Queridos míos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado.

Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo —y esto es verdadero en él y en vosotros—, pues las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya. Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

Salmo de hoy

Sal 95,1-2a.2b-3.5b-6 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. R/.

Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. R/.

El Señor ha hecho el cielo;
honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,22-35

Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»

Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

«Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz.
Porque mis ojos “han visto a tu Salvador”,
a quien has presentado ante todos los pueblos:
“luz para alumbrar a las naciones”
y gloria de tu pueblo Israel».

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre:

«Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Reflexión del Evangelio de hoy

Conocer a Jesús es vivir como él vivió

San Juan nos ofrece sabrosas enseñanzas con evidentes ecos evangélicos. Conocer a Jesús equivale a guardar sus mandamientos. San Juan afirma que quien diga que conoce a Jesús y no guarda sus mandamientos es un mentiroso. Miente porque quien conoce a Jesús, quien sabe quién es Jesús, quien sabe que sus palabras llevan a la vida, al sentido, a la esperanza... necesariamente guarda sus mandamientos, le hace caso, “vive como vivió él”. Si no le hace caso es que miente, es decir, miente al decir que conoce a Jesús porque quien conoce a Jesús le sigue.

Quien sigue a Jesús, quien le hace caso... se encuentra con el milagro de experimentar que Dios le ama y que habita en su corazón y que gozar de la intimidad con Dios no es una quimera, sino una sublime realidad, “permanece en él”.

San Juan aplica lo dicho a su preferido “mandamiento nuevo y antiguo”: el amor al hermano. Ahora la mentira la traduce en ceguera. “Quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos”.

“Porque mis ojos han visto a tu Salvador”

Moviéndonos entre al Antiguo y Nuevo Testamento, nos encontramos con Simeón, “hombre honrado y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel” y que esperaba el cumplimiento de la gran promesa de Dios de enviar a la tierra a su Salvador. Saluda a Jesús Niño alborozado, con el corazón colmado de gozo ante la promesa cumplida. Es lo que estamos celebrando en estos días de navidad y siempre, el gran regalo de Dios a toda la humanidad, el regalo de su Hijo, el Salvador del mundo, la luz del mundo, el gran amador del mundo y sus habitantes. Acojamos gozosos el mejor regalo de navidad.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

“Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo.”

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 3, 2-6.12-14

El Señor honra más al padre que a los hijos
y afirma el derecho de la madre sobre ellos.
Quien honra a su padre expía sus pecados,
y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros.
Quien honra a su padre se alegrará de sus hijos
y, cuando rece, será escuchado.
Quien respeta a su padre tendrá larga vida,
y quien honra a su madre obedece al Señor.
Hijo, cuida de tu padre en su vejez
y durante su vida no le causes tristeza.
Aunque pierda el juicio, sé indulgente con él,
y no lo desprecies aun estando tú en pleno vigor.
Porque la compasión hacia el padre no será olvidada
y te servirá para reparar tus pecados.

Salmo de hoy

Sal 127, 1-2. 3. 4-5 R. Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos.

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. R/.

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. R/.

Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sion,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses 3, 12-21

Hermanos:
Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia.
Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro.
El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.
Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta.
Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo.
Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente.
Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados.
Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.
Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas.
Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan el ánimo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2, 22-40

Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones».
Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios

diciendo:

«Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Porque mis ojos han visto a tu Salvador,
a quien has presentado ante todos los pueblos:
luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel».

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:

«Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.

Reflexión del Evangelio de hoy

La Palabra ya está entre nosotros por eso podemos cantar, alegrarnos y mostrarnos profundamente agradecidos y agradecidas. El texto de Colosenses describe todo un programa que se deriva de este nacimiento. Nos invita a mostrar una entrañable misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión y a sobrellevarnos los unos a los otros. Estos deben ser algunos de los trazos que hemos de vestir con elegancia. Pero de todos ellos queremos destacar el perdón ya que creemos que es uno de los grandes descubrimientos revolucionarios que han acontecido en nuestro mundo. Su aparición, comprensión y puesta en práctica ha permitido elevar nuestra conciencia humana hasta niveles anteriormente inconcebibles. Prometemos volver sobre esta novedad que trajo un niño-mendicante nacido en un lugar en donde no debiera nacer ninguna persona hoy. Nos referimos a pesebres, caminos, maquilas, basureros o los abundantes prostíbulos que hoy nos circundan.

Según Lucas este niño fue presentado por sus padres en el templo de Jerusalén. Ellos fueron a “cumplir con la ley de Moisés” pero antes de realizar el precepto se encontraron arropados por dos personajes sorprendentes. El primero Simeón, un hombre honrado que vive su vida de cara a Dios y que confía en que las gentes hallarán consuelo. La otra es Ana, una profetisa y entrañable amiga de la Sabiduría. Dice el texto que “es hija de Fanuel, de la tribu de Aser” y eso nos recuerda que cuando éste nació, Lía ya exclamó “¡Qué felicidad! Las mujeres me felicitarán”. También el mismo nombre de Ana tiene que ver con esa felicidad que brota de saberse agraciada. Tanto Simeón como Ana muestran con su vida que la salvación ya está siendo una realidad en medio de ellos y ellas. Impulsados por la Ruah están cerca del espacio considerado sagrado, ambos buscan, esperan y permanecen a la espera. Así, al encontrarse con el rostro salvador, no supieron hablar de preceptos, de leyes u ofrendas sino que felices, contaron esa liberación a todos los que también estaban aguardándola.

Creemos que los sueños transformadores y felicitantes no suceden simplemente es necesario prepararlos previamente, adecuar nuestra vida a esta posibilidad e incluso dejar espacios para que comiencen a hacerse realidad. También, el sueño mismo de Dios de hacerse humanidad necesitó de una familia, que aunque peculiar, supo transformar su cuerpo, su comprensión del mundo, sus esquemas judíos para dar paso a la novedad que irrumpía en sus vidas. La generosidad de María, su valentía y su arrojo frente a las estrictas leyes del entorno, que bien podían haber acabado con su vida, se vieron sostenidas por la justicia y el amor de un compañero que la amó profundamente. En este entorno familiar nació ese niño y en medio de María y José comprendió las claves más importantes de su vida que años más tarde puso en práctica provocando su propia muerte.

Cada uno de nosotros y nosotras necesitamos también entornos favorables para nuestro desarrollo personal, dominicano, eclesial, político y social. Sabemos que estos espacios pueden permitirnos sobrellevar nuestra vulnerabilidad y así “crecer en sabiduría”. Estamos convencidos, pues así lo experimentamos en nuestra comunidad, que esto es posible cuando tenemos un “ceñidor común” que es Su amor. Pero también sabemos, como Ana y Simeón, que es necesario atraerlo pues no llega por casualidad, sino que requiere estar cerca de aquello que sabemos sagrado. No se nos ocurre nada más sagrado que la vida humana y su dignidad. Por eso, creemos que hemos de dar una vuelta más a nuestras concepciones sociales y agitar nuestra imaginación bíblica para mover horizontes que nos permitan comprender hoy más que nunca textos como “Mujeres vivid bajo la autoridad de vuestro maridos” o “Tu mujer como parra fecunda”. Estamos persuadidos que debemos caer en la cuenta de las consecuencias sociales que tiene el no reflexionar cuidadosamente sobre estos temas. Ya que un 80% de nuestros jóvenes aún creen que las chicas han de complacer a sus novios y éstos a su vez han de protegerlas (ver informe presentado el 24 de noviembre 2011 por la Federación de Mujeres Progresistas). Estas concepciones erróneas, profundamente arraigadas en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia, no nos permiten crecer en el Amor evangélico que necesita, hoy como siempre, espacios posibles en donde no quepan las injusticias, las invisibilidades, las violaciones o las muertes violentas.

¡Feliz Familia humana!



Comunidad El Levantazo
Valencia

Sagrada Familia

Fiesta de la Sagrada Familia

Historia de la fiesta de la Sagrada Familia

Así como se provocó en la piedad de la Iglesia, en tiempos modernos, el culto a San José, al que va profundamente unido el culto más antiguo a la Virgen María, así se ha llegado con espontaneidad a extenderse también, a partir del siglo XVII, la devoción a la Sagrada (Santa) Familia de Nazaret.

Fue en el siglo XIX, cuando la destrucción de la familia cristiana, dada la revolución industrial que provocó la aglomeración urbana, solicitó con urgencia la atención de la Iglesia. Por ello se decidió crear una fiesta con liturgia completa, centrada en el ejemplo e intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, constituida por Jesús, María y José.

El año 1893, el papa León XIII introdujo la fiesta, que se situó en el tercer domingo después de Epifanía. Poco después se colocó el primer domingo después de Epifanía, pues el evangelio del día describía la vida de la Sagrada Familia en Nazaret.

El Calendario romano (general) de 1969 determina que esta fiesta se celebrará ahora el domingo dentro de la octava de Navidad: El domingo dentro de la octava de Navidad se celebra la fiesta de la Santa Familia» (CR, n. 35 y comentario histórico, pág. 60). Justamente en el mismo misal típico, antes de las lecturas del ciclo «A», se determina que, en defecto de tal coincidencia del domingo, la fiesta se celebrará el 30 de diciembre.

La intención de la fiesta era ante todo promover la salvación del núcleo familiar en su espíritu genuinamente cristiano e ideal, como de un modo tan «especial» se realizó en la Santa Familia de Nazaret. Pero se debe tener en cuenta que en ella no existían ni el pecado, ni las consecuencias del pecado, salvo, quizá, en mínima medida en San José, ya tan directamente ilustrado por el ángel del Señor (Mt 1, 18-25), sobre el misterio de la Propia «santa familia». Por eso la Familia de Nazaret se debe tener como ejemplo, pero, sobre todo, como intercesión para los fieles de todas las épocas.

El mensaje de la fiesta de la Sagrada Familia

Como ha afirmado el Catecismo de la Iglesia Católica, la vida escondida de la Sagrada Familia en Nazaret permite que el hombre se una a Cristo en los momentos más ordinarios de la vida cotidiana, como ya había afirmado el papa Pablo VI en el discurso antes citado.

Todos formamos parte de una gran familia mucho más amplia que la propia familia natural: somos la familia de Dios; somos hijos de Dios y a él nos unimos por la redención de Cristo conforme al designio originario de nuestra creación.

La familia es una verdadera «Iglesia doméstica» dentro de la Iglesia universal que es la familia de Dios.

La vida de los orígenes de la Iglesia estaba constituida de familias, como pequeñas islas de vida cristiana, en un mundo sin fe, Es bien seguro que ésta es la situación actual.

En la familia se ejerce además el gran mensaje de la «santa» familia de Nazaret: no sólo el amor mutuo, sino la oración y el culto a Dios.

Me parece muy significativo que en el contexto de la familia, el Catecismo haya tratado y recordado también a algunas personas, las personas «solteras» que, a causa de las condiciones concretas en las que deben vivir —y a menudo, sin haberlo querido— están especialmente cercanas al amor de Cristo. Éstas son tantas personas que no se han casado, muchas de las cuales viven su situación en el espíritu de las bienaventuranzas, sirviendo a Dios y al prójimo de manera ejemplar. A ellos la Iglesia y los hogares cristianos deben abrirse también con generosidad y dedicación pastoral (CIC, n. 1658).

La familia cristiana está potenciada por un «sacramento», al que ya se ha aludido brevemente, pero que, en definitiva, significa la máxima facilidad humana para realizar todos los deberes y da todos los recursos del matrimonio, especialmente la comunión de vida, que es indisoluble naturalmente y que se facilita al máximo cuando se es fiel a la gracia de Dios y la participación constante en la Eucaristía, en la comunión sacramental, como fuente de la presencia activa del Espíritu Santo. El ideal del matrimonio es casi inalcanzable y sin fronteras: amarse mutuamente como Cristo ama a su Iglesia. Este ideal tan sublime no se consigue sin la gracia del sacramento y su alimento en la Eucaristía y en la oración.

La familia cristiana no puede vivir cerrada en sí misma. Es necesario abrirse a las necesidades y a las alegrías de los demás.

La familia cristiana debe tener una idea clara de los propios deberes: ante todo el bien de los mismos esposos, cuya personalidad se enriquece en la vida común y, luego, como fruto natural en la fecundidad y en el respeto o en el no «tener miedo» a la vida. La obediencia de los hijos debe ser motivada y espontánea en el amor y ejemplo de los padres. El espíritu de agradecimiento nunca puede faltar en los hijos.

Los padres en la familia deben vivir la generosidad en la educación, en la virtud y en el saber de los propios hijos; deben saber usar de la corrección oportuna.

Sobre todo, la familia debe ser la escuela de la formación en la fe y la realidad de poder orar juntos y participar todos juntos en el culto cristiano, especialmente en la celebración dominical de la Eucaristía.

Sin duda que es en este punto donde está fallando nuestra sociedad consumista. No se encuentra momento para rezar juntos; para hablar de cosas trascendentes. Se debe dar ejemplo de vida serena y distendida, para proponer o favorecer las vocaciones religiosas; para poder orar juntos.

Todas estas obligaciones, ideales y realidades vivas las encontramos seguramente en el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret. Pero no hay duda que es necesario dar un gran salto en la fe al comparar las condiciones especiales de esta Santa Familia con la cotidianidad de nuestras familias cristianas en el mundo en el que ahora vivimos. De todos modos, si la Sagrada Familia es un ejemplo difícil de imitar, siempre será eficaz su intercesión para que las familias cristianas se enfrenten al mundo actual que, si falla en tantas cosas, es porque fundamentalmente está fallando en el

seno de las familias.

Tantas leyes civiles están tocando negativamente la familia y cada día aumentan. Por eso es necesario que la oración de los fieles logre intensificar su santidad espontánea y que sigan en la medida posible como ideal la vida santa» de la Familia de Nazaret.

Antolin González Fuente, O.P.

Sáb

31
Dic

2011

Evangelio del día

Octava de Navidad

“Tenemos el Espíritu que viene de Dios y lo sabemos todo en Cristo”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2, 18-21

Hijos míos, es la última hora.

Habéis oído que iba a venir un anticristo; pues bien, muchos anticristos han aparecido, por lo cual nos damos cuenta que es la última hora.

Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para poner de manifiesto que no todos son de los nuestros.

En cuanto a vosotros, estáis unguados por el Santo, y todos vosotros lo conocéis.

Os he escrito, no porque desconozcáis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira viene de la verdad.

Salmo de hoy

Sal 95, 1-2. 11-12. 13 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su victoria. R/.

Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,
aclamen los árboles bosque. R/.

Delante del Señor, que ya llega,
ya llega a regir la tierra:
regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad. R/.

Evangelio del día

Comienzo del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios.

Él estaba en el principio junto a Dios.

Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan:

éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él.

No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz.

El Verbo era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, viniendo al mundo.

En el mundo estaba;

el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció.

Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron.

Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre.

Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne,

ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios.

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia.

Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo.

A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Anticristo?

Quizás el lenguaje utilizado en esta lectura nos puede sonar un poco fantástico o lejos de nuestra comprensión, pero nunca más lejos del momento actual de la Iglesia y de los creyentes. Ese anticristo del que se nos habla no está solo en las mil y una seducciones que nos vende nuestro mundo prometiendo felicidad y alejándonos del camino verdadero, que es Jesús y su mensaje. Ese anticristo del que nos habla Juan, está también en nuestro corazón y nos es otra cosa que esa fuerza que nos describe San Pablo “nos lleva a hacer lo que no queremos”. Queremos ser testigos de Jesús, pero cuando nos damos cuenta teñimos sus palabras de algún color que no llame mucho la atención, para que los demás nos tengan por buenos y solidarios quizás, pero no por cristianos porque eso ya es mucho peso. Ha llegado la última hora nos dice la lectura, y es cierto para cada uno de nosotros es la última hora y no porque nuestra vida terrenal se vaya a acabar mañana, sino porque no tenemos otra vida para ser testigos de Jesús, para ser sus seguidores, a pesar de las persecuciones. No tenemos otro momento que el presente para entregarnos. Tenemos el Espíritu que viene de Dios y lo sabemos todo en Cristo. Que nuestras palabras y actos nos lleven siempre a la búsqueda de la Verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino quien niega que Jesús es el Mesías?

En el principio

En este día cerramos una puerta y se la abrimos al nuevo año civil. Se nos lee la página del principio del Evangelio de San Juan, donde se nos presenta en una bellísima composición toda la vida del Hombre –Dios recién nacido y que debe iluminar el comienzo de este año y guiar al creyente en su día a día. Encontramos en este pasaje las respuestas a todas las preguntas realizadas por sus contemporáneos a Jesús. Y como no también muchas de las que a lo largo de nuestra andadura nos surgen a nosotros, cargado siempre nuestro corazón de zozobras y alegrías. ¿Con que autoridad habla Este, porque tenemos que confiar en su persona y su mensaje...? Jesús nos habla del Padre, porque posee la eternidad, la personalidad y la divinidad, “En el principio ya existía la Palabra y la Palabra era Dios.” En Cristo hemos visto la gloria de Dios, que consiste en que el hombre viva y viva plenamente en gracia y en verdad.



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

El día **1 de Enero de 2012** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).